

C. Ast. III
2

10
/

A-1000035

~~R. 128'~~

C. A. D
2

ACASOS Y PROVIDENCIAS,

CUENTO

POR DON RAMON DE CAMPOAMOR (1).

INTRODUCCION.



Muchos al oír el título de este cuento dirán en el fondo de su corazón: "Todo lo ordena la Providencia."

Otros, después de haberlo leído, exclamarán: "¡Cuánto dispone el acaso!"

CAPITULO I.

Liviandad de los vínculos humanos.

Era el piloto Juan Blasco uno de esos hombres que saben que el corazón es un depósito de afectos, pero que no les consta. Recordaba que había querido algunas veces en su vida, pero sus simpatías siempre habían tenido la mitad de voluntad y la otra

(1) Este cuento es una de las primeras producciones literarias del autor.

mitad de cariño. Amaba, cuando por tal ó cual cosa sacaba por consecuencia que debía hacerlo. El amor instintivo, independiente de la voluntad, era para Juan Blasco una cosa desconocida.

Su regular estatura hacia que se confundiese entre la multitud de tanto achaparrado como poblamos el mundo; pero lo que en el piloto constituía una verdadera especialidad, era aquella fisonomía á cuya formacion habian contribuido las gracias y las furias. Orlaba su frente, mas ancha que elevada, un hermoso cabello negro que, á fuerza de espeluznarle las brisas, habia llegado á adquirir una especie de rizado que en cierto modo suplía á la falta de esmero. Sus párpados, que á la menor contraccion formaban un gracioso circulo compuesto de caprichosos pliegues, casi ocultaban dos ojos negros y retraidos que con dificultad mirarian de frente á no bajar las cejas á servirles de celosias. De en medio de ellos se desprendia la nariz sin hoyos ni convexidades, rematando simétrica y gentil sobre un bigote horriblemente espeso, que solo de vez en cuando dejaba entrever el nácar de unos dientes semi-diáfanos, y cuyo lustre hacia un singular contraste con aquella tez bronceada y encallecida por los vientos de tantas tempestades como la habian azotado. Ni la expansion de la risa, ni el fruncimiento de la tortura habian alterado jamás la fisonomía del impasible piloto, dejando esta vez de ser el rostro el impertinente pregonero de las afecciones del alma; y acaso la única cualidad que en el de Blasco se revelaba era ese ensimesmamiento que dice mucho y no dice nada, y que vulgarmente caracteriza á los estúpidos y á los génios.

Su parte moral no carecia tampoco de singulares atributos. Una imaginacion brusca que solo concebía

lo horrible de lo maravilloso, unida á un valor que nunca habia conocido la idea del peligro, tenian formado en él una espantable aficion hácia todos los fenómenos producidos por el desórden de las leyes de la naturaleza. Asi es que su gusto predilecto era, cuando en la lucha de dos elementos encontrados sobrenadaba con su buque, haciendo una higa á todas las potencias conjuradas, que cada cual por sí sola parecia poder causar la aniquilacion del orbe.

Cuentan los viajeros que han hecho alguna travesía en el bergantin *El Iris*, que su piloto Juan Blasco era un hombre insoportable en el momento en que una imprevista marejada pugnaba por sepultar el barco en el fondo de los mares; pues dicen que entonces, con el mas pueril desvelo, y tarareando la cancion mas alegre que se le ocurría, ó echaba un lazo á la cinta del sombrero, ó, procurando no pincharse, aseguraba un boton de la casaca. ¡Antítesis monstruosa que no podría menos de erizar el cabello de cuantos presenciase un acto tan neciamente sublime!

La tarde del 30 de marzo de 18..... se hallaba *El Iris* casi á la vista de las costas de Andalucía. Las sordas y lejanas detonaciones que sin interrupcion se sucedian unas á otras; los densos vapores que sepultaron el sol antes de que dejase el horizonte; la repentina movilidad de las olas que parecia que una fuerza escéntrica las rechazaba de su seno comun; todo confirmaba los preludios de una tempestad cercana. Como la mayor parte de la tripulacion ya mostraba en su rostro esa innata inquietud que precede á las grandes calamidades, inútil es advertir que Juan Blasco, con la calma mas intempestiva, se puso á contar las hebras de un chicote con que de un modo nada flojo solia vapulear á los grumetes.

Ya llevaba medio desecho el terrible instrumento de que hacia tan frecuente uso, cuando soltándolo de repente por un movimiento involuntario, echó la mano á una golondrina que tal vez cansada ó temerosa de la tempestad, de la cual se habian empezado á anunciar los primeros síntomas, fue á buscar un asilo al buque mas próximo, y al cual probablemente no hubiera llegado si la mano del piloto no la asiese tan oportunamente. Un paso menos, y la golondrina hubiera caido al agua; un paso mas, y algun grumete la hubiera retorcido el pescuezo. En las circunstancias normales de la vida del astuto marino, probablemente arrojaría á la mar ó no se entretendría en recoger tan insignificante pajarillo; pero en aquel momento en que la tribulacion se habia apoderado de todos los corazones; cuando parecia que las iras celestes iban á sumergir el buque en los abismos, ó las desatadas potencias del profundo á arrojarle á los espacios en un espantoso vice-versa, era menester que el piloto pusiese en práctica como nunca su manía de analizar pequeñeces, y examinase si las plumas de la golondrina, vistas hácia el Sur, tenian un color menos azulado que miradas hácia el Norte, de lo cual deducia que era por efecto de la refraccion de los rayos de la luz, cosa que él ya sabia perfectamente. Entonces llamó su atencion lo diminuto de la cabeza del ave, figurándose el poco seso que contendría; y despues de atusarle las alas, un tanto desconcertadas por la violencia del aire, le pasó la mano por el abdomen, donde le encontró un papelito doblado prolijamente, y atado con una hebra de seda alrededor del cuerpo. En seguida puso á recaudo la golondrina en su sombrero, y leyendo el papel, vió que decia de esta manera:

—“He amado con frenesí. Cansada de luchar con mi última esperanza, en este momento la despido para siempre. En el postrer adios con que saludo tan dolorosa partida se ha exhalado lo mas puro de mi alma, arrastrando en pos de sí mis mejores ilusiones. Creo en la Providencia, y al lanzar á la region de las nubes los tesoros de mi corazon, espero que lleguen á ser patrimonio de algun espíritu bastante acrisolado que sepa comprenderme. Si así fuere, el cielo derrame sus bendiciones sobre la única alma que he hallado en el mundo digna del alma de la sensible y mal correspondida.—L.”

Desvanecido Juan Blasco por una conmocion eléctrica, se asió á un cable, temeroso de desplomarse sobre la cubierta. ¿Qué escitacion estraña pudo conmover tan hondamente su férrea naturaleza?

Hay momentos en los cuales sin duda hiero nuestra frente el talisman de algun ser invisible, pues iluminada de pronto la carrera de la vida por un fulgor mas instantáneo que el del relámpago, se nos cae una venda de los ojos, y vemos la verdadera senda que conduce á nuestro destino.

Este aturdimiento de un instante causa un doloroso placer producido por los incompatibles afectos que brotan del amalgamamiento de la antigua y nueva vocacion.

Semejantes transformaciones son mas rápidas que las operaciones del entendimiento. Muchos, despues de haber corrido el primer período de la vida ocupados en la seccion mas mecánica del oficio mas brutal, se encuentran grandes sin saberlo.

Suelen causar estas crisis los fenómenos mas insignificantes de la creacion: el murmullo de una brisa, los cambiantes de una gota de rocío, un sueño, una estravagancia. Parece que el hombre, hasta que

adivina la mision á que le destinó el Ser Supremo, tiene todas las condiciones de esclavo; su dueño son sus necesidades, su único anhelo el deseo de satisfacerlas. Juguete de las circunstancias, carece de un norte fijo á donde reunir todas las ánsias de su vida íntima. En este estado solo vive hoy para morir mañana. Es una hoja en blanco en el gran libro de la humanidad, donde no se consigna jamás la breve fórmula de: "por aquí pasó."

Mas cuando el hombre, *casual* ó *providencialmente*, es afectado por alguna de esas mágicas pequeñeces, hijas directas de la nada, que desarrollan sus naturales instintos, entonces siente la gozosa energia de su emancipacion; todos sus actos conspiran á un fin; hace tributarios á cuantos le rodean de la ofrenda que se propone legar al porvenir, y sabe que si muere mañana es solo para vivir siempre. ¿Y cuál es el labio que le revela el secreto de su mision? ¿Dónde está la mano que le conduce á la vereda, al fin de la cual se halla la obra para cuyo complemento le concedió el cielo el don de la existencia?

Ya lo he dicho. Esas adivinaciones sobrenaturales, divinamente llamadas *inspiraciones*, en las cuales ve el hombre lo que *ha sido*, sabe lo que *es* y acierta lo que *debe ser*, son producidas por un eco perdido, por un átomo extraviado, quiero decir, por *nonadas*.

Se dice generalmente que todos los hombres nacemos *grandes*, y en esto hay mas verdad de lo que generalmente se cree. Si la mayor parte somos *pequeños* consiste en que, por una reunion de circunstancias deplorables, jamás volvimos el rostro hácia algun soplo de aire favorable que nos descorriese el velo que habitualmente cubre nuestros ojos, para ver la senda que nos debe estar á todos señalada por el cielo. No hay uno tan obtuso (me queda, sin embar-

go, el escrúpulo de creer que hay algunos) que en un instante de su vida de niño; de jóven ó de viejo, al oír, ver ó soñar la historia de un verdugo, de un rey, de un papa, ó de un bandido, no haya esclamado en un arrebató de profético entusiasmo: "¡yo sería ese!" Solo que la fatalidad (de cuya existencia no puedo dudar enteramente) suele volver al gran cauce comun, al arroyo que aspira á desbordarse por ser rio, hasta que por fin, cansado de murmurar de su suerte, el pobre arroyo muere ignorado en el mar de la eternidad.

¡Ah! ¡por eso hace vibrar hasta la última fibra del corazón aquel momento solemne en que una mano invisible nos abre el santuario de nuestra devoción! Por eso, al columbrar el primer destello de la estrella que le ha de servir de guía, esclama el hombre con la emoción mas interna de su alma: "¡héla allí!"

Yo no sé si he dicho que Juan Blasco era un ser incapaz de concebir una pasión profunda; pero si lo he dicho, ó el lector lo ha entendido así, le ruego que, perdonando mi error, rectifique su opinión. Es verdad que su exterior indicaba una absoluta negación de sentimientos; pero su educación y sus hábitos habian creado en él una corteza tan brusca, que retraía de pensar en el tesoro que ocultaba; tesoro riquísimo, del cual no sabia él mismo que era dueño hasta que le enseñó la meta un aviso arónimo, de que era portador un pájaro desbandado. Y este billete que revelaba á Blasco los goces de otra existencia mas íntima, mas vital, que él hasta entonces desconocia y para la que era mas apto su corazón, acaso seria el irracional capricho de alguna *loca*, un quehacer estúpido de alguna *simple*, una extravagante observación de alguna curiosa. ¡Quién sabe!.....

El caso es que la carta providencial hizo en el insensible marino (insensible hasta entonces) el efecto de esas importantes nimiedades que son gérmenes de elevados sentimientos; que cambian nuestro porvenir sin perceptibles transiciones; que hacen estremecer, llorar..... porque es de advertir que Blasco derramó dos lágrimas, que ni quiso ni podía contener. ¡Son tan poderosas, y al mismo tiempo es tan dulce dejar correr las dos primeras lágrimas de un corazón que ama por la primera vez!

La tempestad pasó, no importa saber cómo. Los cuchicheos de la tripulación hicieron al fin conocer á Blasco la torpeza que habia caracterizado sus disposiciones en los momentos de mayor peligro. Lo mas inconcebible es que hasta llegó á envanecerse de su flaqueza.—“He tenido miedo á la muerte,” solia decir á veces con un pesar tan ingénuo, que venia á significar:—“¡Hoy amo tanto la vida!!...”

Despues que los ánimos ya estuvieron bastante sosegados para no consultar su destino en las mas tribiales acciones del piloto, bajó este á su cámara, y haciendo llamar á un grumete, le dijo lo siguiente:

—¿Podrás escribir lo que yo te diga en el reverso de esta carta tan pequeña?

—Si, señor, contestó el grumete, pasmado de tan inusitada familiaridad.

—Pues escribe, repuso el piloto presentándole un tintero. ¿Recuerdas tú, añadió despues de una breve pausa, qué signo se usa para dar á entender que se siente mucho una cosa?

—Una admiracion, respondió el grumete precipitadamente, gozoso de dar una *leccioncita* á quien debia tan á menudo la aborrecida distincion de los chicotazos mas desaforados.

—Pues haz de modo que lo que voy á decirte se

conozca que ha sido sentido diez veces mas de lo regular; ¿lo entiendes, gandul?

Y disparatadamente lógico el grumete, inauguró la epistola poniendo diez admiraciones y algunos puntos suspensivos.

!!!!!!!!!!!!.....

«A bordo del bergantin Iris.

13°..... 58... .. 47» al Oeste de Cádiz.

31 de marzo de 18... á las cuatro
y 17 minutos de la tarde.

«Si quereis unir vuestro destino al de un hombre de honor que os adora sin concecos, que posee un considerable caudal y que se lisonjea de poder haceros feliz, mientras os busca como al puerto de su salvacion, haced porque os halle pronto este infeliz á quien solo vos habeis tenido el privilegio de hacerle sentir por la primera vez de su vida.

JUAN BLASCO.»

Y despues de atar otra vez el papel al pecho de la golondrina del mismo modo que lo habia encontrado, pagó al grumete su habilidad con un inhumano apretón de orejas, y como si acabase de colocar la primera piedra sobre la cual iba á ser fundado el edificio de su felicidad, rebosando satisfaccion, se subió á la cubierta del buque.

Allí permaneció algunos instantes perplejo sobre cuál lado seria mejor para soltar la golondrina, hasta que dándola un beso, en el cual iba reconcentrada toda una existencia de dudas y de esperanzas, de amor y de presentimientos, la dejó por último volar hácia donde la arrastraron sus instintos ó sus temores.

Por algunos momentos, incierta la golondrina so-

bre la direccion que debia tomar, dió algunos arranques indecisos, ya al Sur, ya al Norte, revoloteando al rededor del buque, como si se hallase dispuesta á emprender cualquier ruta hácia la cual la inclinase el menor impulso producido por una ciega casualidad. ¿Será posible que esta sea la imágen de nuestro destino en la tierra?...

Por una eventual inspiracion se adelantó Blasco con su pensamiento al camino que la golondrina tardó poco en seguir, como si obedeciese al poder de una secreta simpatia, y despues de verla dirigirse disparada hácia las costas de España, pareciéndole sucesivamente ya una golondrina, ya un grupo, ya niebla, ya un abismo, ya nada... volviendo los ojos al cielo, exclamó con un sentimiento salido de lo mas hondo de su corazon:—“¡Guiadla, Dios mio!...”

Primera parte del prólogo.

—“¡Caprichos, inverosimilitudes!” —oigo decir á algunos de mis lectores. ¡Bachilleres! Si, como yo, hubiérais tenido la honra de estudiar lógica en la cátedra del padre Manjon, hubierais aprendido con este sábio maestro por un método prolijamente analítico, que pudiéramos llamar Manjónico, á desentrañar las causas imperceptibles que determinan los grandes fenómenos naturales y sociales.—“Es tan frágil, decia aquel eminente teólogo, nuestra condicion humana, que un grano de arena colocado de este ó del otro modo basta para levantar ó volcar el carro de nuestra fortuna.”

Mas ahora que lo pienso mejor celebro que esas almas obtusas, que jamás toman vuelo porque carecen de alas, que discurren á bulto, que ven venir los

hechos sin saber inquirir de dónde parten, esclamen:—“¡Capricho, inverosimilitud!”—y arrojen el libro horondamente hoscos. ¡Gracias, señores míos! Mil gracias por haberme ahorrado el trabajo de mostraros una senda por donde habiais de caminar á ciegas, pues solo la esclarece un resplandor que emana directamente de Dios, y que entra por una lumbrera que vosotros no habeis visto nunca, y que se llama entendimiento. Palabra griega, ¿no es cierto?

Por lo que al ver la enormidad de un torrente perciben, buscan ó recuerdan la primer gota que le dió el ser: los que aterrados por el estampido de las tormentas se trasladan al foco primitivo donde se fue acumulando tanta electricidad, y adivinan, sueñan ó deducen que el gérmen de las iras celestes ha sido una chispa producida por el roce involuntario de la punta del ala de un insecto; vosotros, repito, sois los lectores de mi eleccion. Juntos tocaremos los, al parecer, invisibles eslabones que unen la cadena de los sucesos que constituyen el núcleo de esta historia. Con lógicas deducciones llenaremos esos huecos que, en la apariencia, separan entre sí los acontecimientos, y si veis que alguno al filtrar su espíritu por el sutil cedazo de un intrincado análisis carece de bastante fuerza de inteligencia para penetrar las dudas como la luz el cristal, ¡adelante! no os hagais participes de sus groseros entorpecimientos, pues podeis decir sin miedo de equivocaros:—“Esa es una cabeza vulgar.”

CAPITULO II.

El eslabon de la cadena.

Despues de algun tiempo, gritó un criado anunciando á nuestro héroe marítimo:

—El piloto D. Juan Blasco.

—Que entre, contestó el amo, dando media vuelta sobre su sillón, y levantándose con la flexibilidad de un ardilla.

El amo-ardilla era un sugeto bastante mezquino en sus proporciones físicas: en cuanto á las morales solo era notable su ejemplar escepticismo. Tenia una risita capaz de mortificar á un santo; era tan culta, tan penetrante, que una vez un chusco le llamó «un sarcasmo viviente;» y luego un plagiario «la encarnacion de una sátira.»

Siempre hablaba en sentido inverso, es decir, siempre espresaba lo contrario que sentia. Así es, que en todas sus frases soltadas *à priori* habia que despejar la incógnita y encontrar la segunda. Por eso algunas veces nos detendremos á especificar el

doble sentido de su fraseología laberíntica, haciendo una traducción del oculto sentido de sus palabras.

—Soy el piloto Juan Blasco... dijo este, apareciendo sin altivez ni modestia, con naturalidad.

—Mucho celebro la ocasión de ofrecer mis respetos á un sugeto tan recomendable. (Traducción.)—
«¡Qué ente tan estrafalario!»

—Supongo que tengo el honor de hablar con don Rafael de Sirvent? repuso Blasco, sin recelar que habia invertido el orden de las cláusulas hablando de sí el primero.

A esta pregunta el Sr. D. Rafael solo se dignó contestar con una sonrisa de las suyas, cruelmente benévola.

—Mi consignatario D. Antonio Sicre me ha dicho que teneis pendiente conmigo un asunto de la mayor importancia...

—Tomad asiento, dijo D. Rafael, presentándole una silla. (Version directa.)—«Sentaos en ese potro.»

—Con vuestro permiso.

—¿Quereis unir vuestro destino al de una mujer de honor que os adora sin conoceros?... dijo Sirvent, repitiéndole las mismas espresiones que el piloto habia estampado en el reverso de un billete que hacia un mes que estaba siendo su pesadilla.

—¡Si! prorrumpió Blasco, exaltado por una emocion interna.

—¿Que podrá llegar á poscer un considerable caudal?...

—¡Si.

—¿Que se lisongea de poder haceros feliz?...

—¡Sí!!!

—¿Que aunque vos no habeis tenido el privilegio de hacerla sentir por la primera vez?... (Espresion genuina).—«Yo sí.»

—¡No importa!

—Tendré el honor de presentaros á ella esta misma noche.

—¡Gracias! contestó Blasco desplomándose sobre la silla con el abatimiento que es consiguiente á una exaltación tan estranormal.

—¿Sabeis que en vuestra pasión hay algo de sublime? dijo Sirvent despues de contemplarle un rato compasivamente. (Significación.)—“Y mucho de ridículo.”

—¿Y es digno de ser amado con idolatría el cuerpo de esa sombra que persigo con el entusiasmo de un loco? preguntó Blasco ansioso de recoger pruebas verídicas de la belleza ideal que él se habia forjado en su cabeza.

—Indudablemente, contestó Sirvent. (Intención indudable.)—“De ningun modo.”

—Pues hasta luego, dijo el piloto, levantándose por no ser molesto á un hombre que estaba próximo á dispensarle un favor tan inmenso.

—Hasta luego, contestó Sirvent precipitadamente, con el objeto de favorecer su intento de ausentarse.

—¡Mi gratitud será eterna! exclamó Blasco con la mano sobre su corazón; mas nadie oyó su protesta, pues despues de una cortesía artístico social, Sirvent entró en un despacho donde se sentó á escribir lo que á continuación se espresa:

“Querido hermano: como estoy obligado por una palabra formal á darte noticia de cuantas acciones tengan relacion con este matrimonio que tan dichosamente vá á influir en nuestro porvenir, me apresuro á participarte que al fin, por un accidente singularísimo, me voy á ver libre de Luciana. Se me ha presentado un simple forrado con piel de bruto,

que la vá á sitiár con un cariño feroz, y es capaz de hacerla casarse con él ó de matarla : cualquiera de las dos cosas nos convendria muchísimo.

»La anciana tia sigue incontrastable. No acaba de entregarme su mano entretenida con los triunfos que su peluca gris, coadyuvada por cuatrocientos mil duros, alcanza sobre la incontestable belleza de su sobrina. Esta niña adorable me pierde con el funesto amor que me profesa. Verdad es que he sido culpable alimentando su pasion cuando aun ignoraba que la tia se mostraba asequible á mis arrumacos juveniles; pero el hecho es que Luciana es la coartadora de mi felicidad; pues su tia por envidia, por vanidad y por otra porcion de pasioncillas desconocidas al comun de la humanidad, y que deben poseer esclusivamente las viejas, se complace en desdenar lo que, sin amor propio, codician muchas hermosuras. ¡Coquetea á los cincuenta años!... Es inconcebible tan amorosa longaminidad.

»El bruto, quiero decir, el novio, es un marino que se conoce que está perfectamente aleccionado en la escuela de los tiburones. Otro dia te esplicaré su original aparicion. Me ha prometido asediar á la niña con irremisible tenacidad, y no dudo que lo hará, porque se conoce que tiene la cabeza mas dura que un ariete. Despues de casada Luciana, es probable que tambien lo haga su tia al verse exenta de fáciles rivalidades que pueden enorgullecer su máquina deleznable. Si llegas á saber mi boda, aunque no sea mas que por curiosidad, tiende una mirada á la tabla de las probabilidades de la vida humana, y escribeme lo que se calcula que aun puede vivir un ser que ya ha cumplido medio siglo... ¡Ah!

»Ruega á Dios que, para bien de todos, se cumplan los deseos de tu idolatrado hermano—RAFAEL.»



Segunda parte del prólogo.

Y sigue la carta:

«Posdata: Son las dos de la noche y no puedo conciliar el sueño: este estado, cuando no hay otra cosa que hacer, me parece á propósito para estenderme en algunas consideraciones filosóficas sobre mi situación actual: cada vez es mas lisonjera.

»Esta noche en el baile hice que presentasen á Luciana al tempestuoso marino, y aunque al principio la impuso su aparente ferocidad, pronto simpatizó con él, pues el bárbaro tiene el don de agradecer á cuantos le hablan, por la salvaje ingenuidad con que suele emitir sus sentimientos. Además militaban en su favor circunstancias tan nímias como importantes, y de las cuales te voy á dar una sucinta idea.

»Uno de esos dias en que las mujeres están tan elevadas que subliman el pensamiento hasta conversar con los ángeles, estampó Luciana en un papel desgarradoras quejas hablando de su amor no correspondido (en verdad, soy un ingrato), y pidiendo á la *Providencia* un amante tan cándidamente pertinaz como ella. Ató despues el papel al pecho de una golondrina que tenia la sociable costumbre de anidar en su mismo cuarto, y la soltó la cuitada, dando el último adios á su esperanza. Figúrate tú á la golondrina revoloteando por los espacios, espuesta á los rigores de la lluvia, del frio, del viento, del sol, de los azores, etc., y deduce las innumerables ocasiones en que habrá estado próxima á perder su fútil depósito. Añade á esto, despues de tantas eventualidades, la de haber ido á caer en manos de un ente tan irracional que tuvo la sandez de poner al reverso de la volátil misiva su nombre, condicion y esta-

do; la inesperada constancia del pájaro mensajero, que volvió á ocupar su nido del año pasado; la irremediable curiosidad de Luciana, que se acordó de reconquistar su volcánico billete; la candidez de esta en contarme el resultado de su aventura; mi golpe magistral de hacerla insertar en un periódico con el epígrafe de—“Ocurrencia singular,»—y, por último, la casualidad de llegar este periódico, probablemente bajo la forma comun de un cucurucho de dulces, á manos del inconquistable piloto; y echarás de ver, como yo, que en esta reunion de circunstancias tan naturales como difíciles, anda la mano oculta de algun ser providencial afecto á minuciosidades; de un fatalismo casero que se inicia hasta en los misterios de nuestro gabinete, ó de un acaso tan nimiamente caprichoso que iguala el augusto destino de los hombres con la incierta condicion de los átomos.

“Yo me hallo propenso á discurrir del modo siguiente: si mis asuntos me salen bien, daré gracias á la *Providencia*; si me salen mal, increparé á la *fatalidad*; y si la suerte me es propicia de un modo y adversa de otro, achacaré esta vacilacion á los vaivenes del acaso. Allá lo veremos. Vale.”



CAPITULO III.

Un eslabon de mas.

—Renunciad á la mano de Luciana, dijo Blasco entrando en un gabinete de la casa de Sirvent.

—Imposible, contestó este horrorizado por la estension de tamaño sacrificio. Porque es de advertir que las circunstancias habian variado notablemente, como se verá mas adelante.

—Pues cortad, dijo Blasco presentándole una barraja.

—Rafael cortó maquinalmente.

—Esta noche, continuó Blasco, va Luciana á un baile á la plazuela de San Antonio. Allí le haremos los dos la postrera declaracion: el que quede desahuciado, irremediabilmente se ha de pegar un pistoletazo. Si no ama á ninguno de los dos, ambos nos arrojaremos á la mar, pues no es justo que obstruyamos el camino del que mas feliz que nosotros ven-

ga á pretender su mano, y á colmarla tal vez de la ventura que merece. ¿No os atreveréis á morir por ella?....

—Sí, contestó Sirvent sonriéndose semi-agradablemente (significación de su risa.) «Este se ha vestido con una piel de leon por ver si á su rugido me paro asombrado en la senda de mi felicidad : mas ya que el peligro solo es una farsa, sigamos adelante con cómica imperturbabilidad.»

Lo peor es que Blasco hablaba formalmente.

—Pues entonces, repuso este, si os parece, pondremos en ejecucion un plan que tengo la honra de someter á vuestra deliberacion. A las doce en punto de la noche nos reuniremos al pie de los balcones de la casa donde se va á efectuar el baile. El que ahora tenga la suerte de que le toque el *ás de oros*, subirá el primero al salon á exigir de Luciana un *sí definitivo*; si ella le hace la formal promesa de ser su esposa, entonces la pedirá su pañuelo, y como una bandera de muerte al vencedor lo arrojará desde el balcon al otro, que se estará abajo esperando con una pistola en la mano, el cual infaliblemente se pegará un tiro en cuanto caiga en el suelo la mortal enseña. El primero que suba tendrá de término una hora; si en este tiempo no alcanza el premio anhelado, bajará á ocupar el lugar del segundo, y si este en el espacio de otra hora tampoco lo alcanzase, entonces nos mataremos juntos y del modo mas fraterno que nos sea posible. Si á ninguno de los dos ama, ¡ay! ¿para qué queremos la vida?

Esta última exclamacion que Blasco exhaló con la mas ingénua tristeza, hizo sospechar á Sirvent si su rival le propondria con formalidad aquel plan infeliz; pero no pudo acabar de convencerse de que se llegase á cometer tal palpable necedad, entre dos

personas que habian tenido el talento de poner sus ojos en una mujer tan rica. Asi es que no pudo menos de decirle :

—¿Pero no os parece un pacto demasiado pueril?...

—Otros mas absurdos se han hecho entre enamorados, contestó Blasco, preparándose á echar las cartas.

A pesar de esta nueva contestacion, que revelaba un plan estólidamente calculado, Sirvent no creyó en la posibilidad de su ejecucion; pero hizo mal, porque Blasco estaba celoso, y, por consiguiente, uera de juicio. Asi es que aunque la concepcion de un medio tan extraño, para salir de un embrollo tan comun, era digna de la cabeza de un loco, semejante aborto estaba en aquel momento en armonía con el estado moral del desatentado marino. Un hombre que dice que no puede vivir sin una mujer, y se dispone á matarse, es acreedor á que la compasion general sea la inmediata absolucion de todos sus defectos, pues el pobre ya carece de racionalidad.

—A quien Dios se la dé... dijo Blasco empezando á echar las cartas.

—San Pedro se la bendiga, concluyó Sirvent con su perpétua y postiza amabilidad.

—Una... dos... una... dos... decia Blasco.

—Una... dos... una... do... repetia Sirvent.

—¡A mí! prorumpió Blasco por último, fijando su vista en el *as de oros* que tenia delante.

—No importa, dijo Sirvent con dudosa serenidad. (Sentido metafórico.) «No llegará la sangre al rio.»

—Este pacto, añadió Blasco, será para Luciana un secreto impenetrable.

—Sea así, contestó Sirvent con una elegante indolencia.

—Venga esa mano, repuso Blasco, en revalidación del trato. Ambos somos caballeros, y confío en que lo cumpliremos con la mas estricta y legal escrupulosidad.

Sirvent le alargó la mano con la mas gélida expresión de afecto.

—¡Hasta las doce! dijo Blasco con una alegría feroz.

—¡Hasta las doce! repitió Sirvent que, embotado por el miedo su cerebro, no sabia mas que hacer plagios miserables de las palabras de su rival.

—¡O ella, ó la muerte! exclamó Blasco desapareciendo.

—¡O ella, ó la.....!! iba á repetir Sirvent; pero le cohartó la facultad de hablar el tono de Blasco, que dió á la ridícula ceremonia que acababa de pasar un carácter de veracidad mortífero.

Despues de la salida de su contrario, Sirvent permaneció por espacio de dos horas en una abstracción absoluta, muy parecida al letargo. En seguida dió algunos paseos por su habitacion, y despues de concentrar en su corazon todos los medios de energia vital que pudo hallar en sí, elaboró un gesto que mas que risa parecia la expresión de la agonía, y se sentó á escribir, como de costumbre, tomando acta de la escena anterior del modo siguiente:

“Querido hermano:

”¡Todo se ha perdido! La vieja ha muerto, y como por una inusitada imprevisión tenia testado á favor de su hermana menor la madre de Luciana, que ya hace dos años que tambien ha muerto, ha heredado la interesante niña, monstruoso patrimonio de su tia. En su consecuencia es inútil decirte que he vuelto á continuar la série de mis añejas tentativas. Luciana vacila entre el amor que aun me profesa y

la venganza que tengo merecida. Al fin sucumbiría á la fascinacion que me lisonjeo de ejercer sobre ella, si el atroz marino no tuviese la ruda pretension de que ahora he de respetar sus derechos adquiridos. ¡Insensato! ¿Qué ley podrá imponerme el bárbaro deber de renunciar á la mano de una mujer tan rica y tan hermosa? El, segun dicen, tiene razon; pero á mí se me figura que yo tambien la tengo.

»Me acaba de pasar con él una escena graciosísima y horrible. Se ha empeñado en que mañana en un baile ambos hemos de exigir de ella un sí definitivo, y que aquel que quede desahuciado precisamente se ha de pegar un pistoletazo. He accedido á ello por dos razones: la primera, porque confio en que será victima de una estratagema, de la cual ya te enteraré; y la segunda, porque le ví dispuesto á cometer conmigo alguna tropelia vulgar: á darme un bofeton, por ejemplo.

»Ya hemos jugado al as de oros el privilegio de hacerla la primera declaracion, y le ha tocado á él. Este pristino desden de la suerte no me ha horrorizado tanto como la apacibilidad con que echaba aquellas cartas sangrientas que iban á decretar la total aniquilacion de uno de los dos. ¡Tal vez la mia! Yo le miraba sonriendo; pero en honor de la verdad, te aseguro que mi risa era una verdadera convulsion.

»Adios: compadece la suerte de tu hermano, que casi teme tanto á la boca de una pistola como á la mirada del mas incivil de nuestros muchos acreedores.

RAFAEL.»

Tercera parte del prólogo.

Y sigue la carta:

«*Posdata.* Tampoco hoy puedo conciliar el sueño: sino me fuera tan mal en la vida, diría que tengo miedo á la muerte.

Es un axioma fisiológico que despues que las mujeres ya han pasado de los cuarenta años, edad en que bien ó mal ya han acabado de cumplir la mision á que las destinó la naturaleza, son poco menos que inmortales. Mas como del cumplimiento de esta máxima resultaria una monótona verosimilitud en la progresion de los sucesos que iban á determinar mi porvenir, hé aquí que salió fallida, para que la versatilidad de la suerte fuese consecuente consigo misma. ¿Y qué causa pudo producir la muerte de una vieja tan jóven? Voy á decírtela, porque para los que no están muy identificados con ella, es una tragedia que hace reir.

»Una tarde que nos paseábamos por la isla (la verdad, hablando de amor), vimos una niñera que conducia á un niño con mas dijes y cascabeles que un polichinela. La anciana (la novia) le cojió en brazos prendada sin duda de su atalage abigarrado. Entonces me tendió una mirada vidriosa y estéril que job pecadora acérrima! venia á significar lo siguiente: «Así serán los nuestros.» Subversion de la ley natural que el cielo castigó con la muerte. El niño que estaba enfermo y contagió á la vieja. Guárdame el secreto sobre esto que te voy á decir; no quiero echar el ridículo sobre su tumba. Por una inversion funesta la aguardó cerca del sepulcro la enfermedad que nos suele esperar á todos al borde de la cuna. ¿Lo entiendes? murió de viruelas. El niño

de los cascabeles la habia inficionado. El impulso de su infantil aliento, ó el vapor de su transpiracion cutánea bastó para derribar por el pié todos mis palacios encantados.

»Desde aquel instante ha helado mi alma un estoicismo imbécil. ¿Quién podrá ver sin una postracion mortal, que el palacio de su felicidad, que acaso uno ha amasado con su sangre, viene al fin á ser destruido por el sutil maleficio de una impalpable vaporosidad? Estas grandes pequeñeces que irremediablemente cambian á cada momento la faz de los acontecimientos humanos con la desesperacion de las almas superiores. Parece que el cielo, guardando siempre el incógnito, trata de este modo de probar á los hombres la futilidad de sus mayores prodigios.

Convencido yo de que el menor objeto de la creacion, interpuesto de este ó del otro modo, puede hacer inútiles todos los esfuerzos de una vida de ansiedad, desde hoy variaré la norma de mi conducta. Veré pasar los acontecimientos con desdeñosa impassibilidad, y en vez de tratar de imprimirles un movimiento propicio á mis intereses, y en cuyo empeño acabaria de gastar el ya exhausto tesoro de mis fuerzas vitales, me colocaré en una traidora expectation. Voy á bloquear la sociedad con un puñado de arena. Recostado en un paraje delicioso aguardaré á que cruce por delante de mis ojos el carro de la fortuna, y en vez de abalanzarme á él de frente, como hice hasta ahora, pagando mi arrojo con dolorosos tumbos, echaré un grano debajo de sus ruedas por ver si lo vuelco y lo saqueo sin peligro. Si no acierto á la primera vez, acertaré á la segunda, y si no, alguna vez he de acertar; pues es indispensable salir vencedor en una lid de guerrillas tan nimia y tan

persistente. Hé aquí cómo una desgracia me ha enseñado el camino de la felicidad.

„Voy á acostarme, porque la resignacion ha venido acompañada de una tranquilidad que no habia disfrutado hace mucho tiempo. Si no fuera por el recuerdo del desafio, estoy seguro que mi sueño seria el éxtasis de un bienaventurado. Pero ¡ah! ¡si me matará ese bruto!...”



CAPITULO IV.

Formacion de la cadena.

Estaba la noche húmeda... etc.

—¡Hace un frio!... (Sentido metafórico.)— «¡Qué miedo hace!» dijo Sirvent, acercándose á Blasco que ya le esperaba impaciente.

—Están sonando las doce, contestó este rápidamente: el baile ya ha empezado: tomad esa pistola; sentaos aqui: yo subo; suelto el pañuelo de Luciana... ¡Adios!

Sirvent al punto comentarió en su pensamiento la enérgica concision de Blasco del modo siguiente: «Si suelto el pañuelo de Luciana... ¡púm!... os pegais un tiro.»

Y «¡qué horror!» murmuró Sirvent con un estremecimiento del cual participó hasta la última fibra de su corazon.

—O vos, ó yo, añadió Blasco al separarse.

Este modo de hablar de la muerte, en resumen, acabó de dejar á Sirvent estupefacto, pues no comprendia que nadie pudiese resolverse á morir de una manera tan lacónica.

Sirvent se quedó tiritando de miedo: él creia que de frio. Blasco se subió sudando de coraje: él creia que de calor.

Una hora tenia este para conquistar á Luciana. Si en este tiempo ella no le prometia su mano y le daba el pañuelo como una prenda de amor, Blasco, segun las condiciones estipuladas, á la una en punto tenia que bajar á la calle á ocupar el puesto de Sirvent. Con efecto, confieso, como decia este, que el pacto me parece un poco pueril: aunque tambien creo con Blasco que otros mas absurdos se han hecho entre enamorados.

Y en este estado, ¿cuál de los dos contendientes tenia mas probabilidades de atraerse los favores de Isabel? Cuestion tan difícil de resolver, como todas aquellas que tienen por base el insubsistente corazon femenino.

Luciana acababa de pasar por la crisis mas peligrosa que puede afectar el carácter de una mujer: un cambio favorable de fortuna es para ellas un soplo del demonio de la vanidad que hace germinar en su pecho cuantos instintos aviesos suele tener sofocados una esmerada educacion. Habia amado á Sirvent con delirio, pero era en una época en que no podia ofrecer á su amante mas que un caudal de emociones, y sabida es la poca importancia que tiene esta clase de riqueza en el organismo de las sociedades modernas. Ahora que podia mirar el mundo desde la cumbre de un pedestal aurífero, dudo mucho que Rafael ocupase el mismo lugar en su corazon, pues, como ya he indicado antes, la gran

prueba del amor es hacerle pasar sin que se estinga por el crisol de una *gran enfermedad* ó de una *gran herencia*. Creo, por consiguiente, que si Luciana aun conservaba alguna afición á Sirvent, consistiría en esa tendencia irresistible que tiene el alma humana á apegarse á los recuerdos.

Bajo este aspecto, la pasión de Blasco era idéntica á la de su rival. Es verdad que no le favorecía la memoria de un amor pasado; pero en cambio allanaban sus pretensiones el presentimiento de un cariño futuro. La manera con que el piloto había llegado á ser uno de los pretendientes á la mano de Luciana, había sido demasiado original para que ella no le mirase, por lo menos, con una intensa curiosidad, y despertado este sentimiento en el alma de las mujeres, ya se ha encontrado la clave de un gran número de sus acciones.

Cuando Blasco entró en el baile, se hallaba Luciana bailando rigodon con un *cualquiera*. Apenas la divisó, clavó en ella una mirada fija, escudriñadora, apremiante; pero fue contestada con otra recta, nula, sin fervor, y tan insignificante, en fin, que Blasco dijo para sí que era digna de una devota de aldea.

Todo lo acaecido en la hora que Blasco permaneció en el salón se puede reasumir del modo siguiente:

PRIMER CUARTO DE HORA.

Blasco entra en el salón y encuentra á Luciana bailando con un quidam.—Se miran.—Se saludan. Luciana baila.—Blasco se pasea...

SEGUNDO CUARTO DE HORA.

Fin del rigodon.—Desórden.—Blasco vé á lo le-

jos á Luciana que le está mirando de lado, y esta mirada tiene para él un encanto que hasta ahora no he visto encarecer á nadie: la *oblicuidad*. Blasco se acerca á Luciana.—La hace una pregunta al oído, y le responde que *no*.—Le hace otra, y le responde que *sí*.—Va á hacerle la tercera, y un marques, otro quidam, la saca á bailar cotillon.—Entrecejo de Blasco.—Espansion de la fisonomía del marques.—Música, aire de tres por ocho.—Luciana B...—Blasco se pasea...

TERCER CUARTO DE HORA.

El piloto recibe otra mirada de Luciana que, además de la *oblicuidad*, le encuentra él otra cualidad particular que se puede llamar *filtrativa*; pues la sintió clavarse en su corazón.—Blasco se acerca á su querida.—“¿Me amais?” le pregunta con una candidez propia de un niño de la escuela: y añade en un tono solemne: “¡por la última vez!”—Luciana contesta con una de esas risas intraducibles que tienen infinitas significaciones. Una risita culta, con la cual se contesta á una pregunta de esta naturaleza, puede ser ó un signo aquiescente, ó una señal repulsiva: un decreto favorable, ó una sentencia de muerte; Blasco no la tomó ni por lo uno ni por lo otro; hizo bien, porque ahora que me acuerdo, esas risitas también suelen ser *cmables evasiones* de mujeres que lo entienden.—“¡Ay! continuó Blasco, apostrofando á su amada: son tan escepcionales las causas que me obligan á adoraros como la única prenda que el cielo me ha destinado...”—¡Qué lástima de arcenga! Luciana tuvo que salir á hacer la cuarta figura del cotillon, y las últimas palabras del piloto se perdieron en el aire como los acentos de un delirante.—

El tiempo corre...—Luciana baila...—Blasco se pasea...

ULTIMO CUARTO DE HORA.

Continúa el cotillon.—Blasco se vuelve á acercarse á Luciana. “Con que ¿qué deciais?” pregunta esta, acaso mas que por amor, por curiosidad.—“Decia, prosiguió Blasco, que el amor que os profesó ha sido despertado en mi pecho por el oculto poder de alguna divinidad que desconozco...”—Fin del cotillon.—Blasco y Luciana se sientan juntos.—“Seguid,” murmuró Luciana.—Blasco prosigue: “Cuando aun no nos conociamos (¡ah! sí, nos conociamos mas que ahora), se identificaron nuestras almas hasta un extremo que, á mi parecer, atentar á la vida de una, seria atentar la existencia de la otra. En un momento de tan terrible como glorioso recuerdo, en que el soplo de la muerte inquietaba la superficie de los mares, vuestro espíritu, que flotaba en aquel aire que yo respiraba, fue el único vínculo que me ató á la vida: entonces me hubiera dejado morir sin pesar, cansado de soportar ese peso negativo que suele abrumar el alma sin fatigar el cuerpo, ¡el hastío! ¡Pero despues que en aquel caos de temores y esperanzas, nuestras almas se confundieron una con otra, creí sondear los misterios de la incomprendible lógica del destino, y soñé una union predestinada por el cielo! ¿Me he equivocado, Luciana?.....—¿Quereis bailar rigodon? le preguntó al mismo tiempo el marques.—Ya está comprometida, contestó el piloto visiblemente amostazado.—Estrañeza del marques.—Insolente mirada del piloto.—El marques se aleja con tanto miedo como vergüenza.—Blasco continúa: esta noche vais á decidir mi suerte: ¡ó vuestro para siempre, ó para

siempre!.....—¡En baile! ¡en baile!—Blasco y Luciana se disponen á bailar.—Movimiento general.—Blasco mira al reló, y murmura con dolorosa calma: “¡Faltan cinco minutos!”—¡Me amais, ó no? dice Blasco con tono decisivo.—Luciana contesta con una de esas necias muletillas que las mujeres de todos los países sacan de un sutil repertorio de nulicosas que aprendieron entre sus amigas, desde los doce hasta los quince años inclusives, como por ejemplo: “¿es puñalada de pícaro?”—Primera figura.—Luciana baila muy bien.—Blasco baila muy mal.—“¿Sí, ó no?” vuelve á preguntar con desesperada insistencia.—“Veremos” responde Luciana con acento plácido-doctoral.—Alegria de Blasco.—Intermedio de un silencio agradable.—Segunda figura.—Blasco mira al reló, y esclama con una ostensible inquietud: “¡Falta un minuto!”—Absorbe la atencion general un rigodon lindísimo.—“¿Pero sí, ó no?” volvió á preguntar Blasco con una tiránica ansiedad.—“Veremos”.—“¡Ahora!”—“Mañana.”—“¡Ahora ó nunca!”—“Veré....”—“¡La una! gritó Blasco preparándose á salir.—“Pero.....” iba á decir Luciana, mas cortó su discurso el desórden que á su alrededor produjo el grito de Blasco.—“¿Qué?” dijo este acercándose de nuevo.—“Qué”..... mas Luciana abochornada no halló palabras con que concluir.—“¡Adios! ¡adios!” exclamó Blasco alejándose.—Y “¡para siempre, añadió en medio del salon en una actitud tan trágica, que uno de los muchos que lo oyeron, al ver su demencia, dijo con oportunidad: “Ese se irá á Zaragoza.” Momentos de espectacion. Asombro de Luciana.—Risa general.....

Blasco bajó á la calle, y arrancando la pistola de manos de Sirvent, le dijo con un tono tristemente imperioso:

—¡Subid!

Sirvent subió lo mas aprisa que pudo sin replicar una palabra, pues por la anhelosa respiracion de Blasco conoció que á este no le faltaba un ápice para conculcar de una manera sultánica las condiciones del pacto.

Despues que el piloto cogió la pistola se apoyó contra la pared con una resignacion estúpida. Si despues de algunos momentos aun se le hubiera propuesto la cuestion siguiente: «¿Es racional matarse por una mujer en algun trance de la vida?» Blasco hubiera contestado sin vacilar que sí. Y digo esto porque á poco rato murmuró este discurso, que con su permiso nos tomaremos la libertad de comentarle.

«¡Desgraciado! despues de pasar la infancia en una abyeccion que no tuvo de feliz mas que una ineptitud de sensaciones.

—De este modo pasan todas las infancias.

—«Corrió el periodo de mi juventud en una bienandanza quimérica que solo tuvo de dichosa la insignificancia.» —Asi sucede á la mayor parte de los hombres.—«En este tiempo me hicieron aprendes mis padres esa cartilla obligada que todos los padres enseñan á sus hijos, y que se titula: pensar en el porvenir. Todos mis afanes entonces se dirigieron á cumplir sus mandatos: estudié y me hice ambicioso; trabajé y me hice rico, desempeñando decentemente el papel de avaro. Los deseos de mis padres quedaron satisfechos, pero habia corrido ya tanto tiempo, que despejando al fin la incógnita de mi vida, ví que no habia hecho mas que *trabajar para morir un dia.*»

Aquí recordó el piloto la historia de su amor; pero no conoció que era tan absurda en sus princi-

pios como lo iba á ser en sus fines. Enamorarse de una mujer que solo se conoce por haber leído una circular suya á los espíritus sensibles, puede pasar por la entrañable aberracion de un alma demasiado fosfórica; pero lo que no es creible es que por una causa tan aérea como lo es un papel atado á una golondrina, haga un hombre el menor sacrificio por hallar á la autora de una inspiracion tan abandonada. Mas ¡ay? escribo con mas rapidez de lo que aconsejan el arte y la prudencia, y por eso he hecho á Blasco, una acusacion gratuita. Es creible, sí, y aun natural su desvelo por encontrar á Luciana, y sin apelar á ninguna compilacion de *caprichos británicos*, mi conciencia me acaba de revelar que tengo muy cerca un depósito de sacrificios idénticos, ¡mi corazon! sí, jamás dejaré de ser sincero, aunque me acusen de visionario. No cito algunos ejemplos de desvelos tan inmotivados como los de Blasco, por no cansar al lector con lamentaciones episódicas. El al fin tenia un dato sobre el cual una imaginacion acalorada podia lógicamente fundar un sistema de esperanzas, pero ¡triste del que acaso ha hecho sacrificios por motivos menos sensatos todavía, por presentimiento!

—“¡Amar es vivir!”—Falso: concentrar la vida en una sola pasion sea de la clase que quiera, es abjurar de la amplia y gloriosa importancia de la existencia humana.—“Sin su amor me es inútil la vida.”

—Esta es una errónea consecuencia de la ampulosa premisa que antecede. Sentados estos precedentes, lo restante del discurso de Blasco ya habria que considerarlo como un potro donde se daba tormento al sentido comun, y por consiguiente lo suprimiremos como un tributo pagado á la razon.

—“¡Bien haya la muerte!”—dijo por último Blasco oyendo ruido en el balcon, y amartillando la pistola. A pocos instantes apareció Sirvent con un pañuelo blanco en la mano; Blasco levantó el arma fatal para aplicársela á la sien.....

¡Pobre Blasco! ¿Será posible que Luciana definitivamente le haya postergado á su único adversario? Subamos al salon á verlo.

Cuando Sirvent entró en el baile aun duraba la efervescencia chismográfica producida por la estentórea exclamacion del piloto. Así es que Sirvent tuvo la desgracia de oír, mal de su grado, contar mas de treinta veces una ocurrencia que todos hallaban muy graciosa. A Sirvent no le pareció, sin embargo, tan graciosa como á los demas, porque una esperanza *negra*, ó como si dijéramos *vuelta al revés*, le hacia ver entre él y su rival una absoluta identidad de sínos.

—La primera vez que intentó dirigir la palabra á Luciana, volvió la cabeza con el orgullo de una reina ofendida, pues segun el raciocinio aplicado por la vanidad al corazon humano en general, y al femenino en particular, cuando nuestro amor propio se halla abatido y para levantarle nos tributan inciensos insuficientes, debemos rechazarlos y quedarnos en la palestra, defendidos solo por el convencimiento del valor personal. Así es que Luciana, creyéndose en ridiculo despues de lo que acababa de pasar, tuvo el inoportuno rendimiento de Sirvent por un holocausto mediocre tributado á sus merecimientos, y por eso volvió la cabeza como quien dice:—“Aunque no me dan todo el honor que merezco, no necesito para nada el poco que vos me podeis dar.”—Esta es una razon que no convence, pero es una razon de mujer.

Viendo el mal efecto que habia producido su presencia, Sirvent se decidió á esperar. La resignacion es el arma mas incómoda á que puede apelar un desgraciado, pero á veces tambien es la mas ferífera. Esta vez, sin embargo, no llegó á producir buen resultado, porque Sirvent no la pudo usar con desembarazo. La resignacion es una lanza que hiere desde muy lejos, y por eso, viendo que la proximidad del peligro la hacia inútil, á la media hora tuvo que arrojarla.

Se acercó á Luciana, y ¡oh incomprensibles misterios del corazon femenino! recibió cuantas contestaciones podia desear con una amabilidad sin ejemplo. Sirvent le preguntó no sé qué cosa una, dos y tres veces al oido, y cuantos veian á alguna distancia la complacencia con que Luciana le respondia, todos decian para sí:—“¡Qué feliz está siendo!”

Pero nunca habia sido mas desgraciado. Luciana le deshaució completamente, y Sirvent se retiró en seguida á un extremo del salon con un aire tan circunspecto que no se desdeñarían de imitarle ni el mas insulso diplomático, ni el mas indomable cabo de escuadra. La sentencia que Luciana pronunció á su oido seria en buen hora todo lo cruel que se quiera, pero el modo con que fué pronunciada, indudablemente habia sido entrañabilísimo. Sin duda por esto mismo le causó una doble mortificacion, porque ser desdeñado por una mujer enojada es cosa que por lo frecuente produce una desazon trivial; pero recibir la muerte de una mujer que se rie, es un refinamiento de malicia que antes de matar pone al hombre en una tortura equívoca, pues el alma se solaza primero con lo ameno, para caer despues en lo horrible con mayor desesperacion.

—Pues señor, solo hay un medio, dijo Sirvent sentándose.

Si yo logro hacer desaparecer de la escena á ese hombre implacable, confio en que el tiempo y la constancia me harán reconquistar un lugar preferente en su corazon. Ya conoce el pañuelo de Luciana y por consiguiente es forzoso apoderarse de él, aunque sea por medio ilícito. Si arrojo el pañuelo desde el balcon..... es indudable, se mata.

Y sin horrorizarse de esta traicion, Sirvent se dirigió hácia el corro donde bailaba Luciana, la cual á los cinco minutos ya estaba pensando de qué modo habria perdido su pañuelo.....

Y entre tanto el raptor, llevando marcadas en su rostro la inquietud y la palidez, señales evidentes de su cobardía, se acercó al balcon, desde donde arrojó el pañuelo á la calle, y poco despues una explosion horrible puso en alarma todo el vecindario. ¡El baile se deshizo al oir la múltiple gritería, y mientras que la gente corria á los balcones por el gusto de ver quién se habia suicidado, Luciana, herida como por una exhalacion invisible, se quedó inmóvil en medio del salon con los ojos fijos en el espacio, cual si el espíritu de su perdido amante en aquel momento escribiese su historia en el aire con caracteres de sangre!....

CAPITULO V.

Perfeccion de la cadena.

CONTINUACION DEL CAPITULO ANTERIOR.

«Querido hermano :

»¡Adios para siempre! Tal vez esta será la última que de mí recibas. Esta misma noche me doy á la vela para Filipinas. No puedo soportar el escarnio que pesa sobre mí.

» Como te dije en mi anterior, mi rival y yo, á la hora señalada, nos fuimos al baile á exigir de Luciana el *sí definitivo*. Convenimos en que cada uno la requebraria por espacio de una hora, en cuyo tiempo el que estuviese vacante esperaria en la calle el resultado de las pretensiones de su adversario, con una pistola en la mano para suicidarse ¡que atrocidad! en cuanto el *escegido* dejase caer desde el balcon el pañuelo de Luciana, que seria la señal de su amorosa aquiescencia. Ya te escribí que jugamos al

ás de oros el privilegio de hacerla la primera declaracion, y que le tocó á él la suerte. Así sucedió. Mientras que él la requería con una exigencia que me figuro sería brutal, yo estuve en la calle aguardando una hora, emblema de un siglo. A cada instante se me figuraba ver ondear en el balcon el mortífero pañuelo: si así hubiera sido, ignoro qué determinacion tomaria en aquel momento: la de ahora probablemente, la de embarcarme para Filipinas. Lo que sí sé de cierto es que no me hubiera suicidado, aunque me arrojasen á un tiempo todos los pañuelos del baile.

»Por fin entré en turno, y apenas me acerqué á Luciana aprendí una máxima mas cierta que cuantas he oido hasta ahora, á saber: «que el dinero da á las mujeres una entonacion insoportable.» Entonces me convencí de que hay una cosa mas despreciable que la humildad de las pobres, y es la *tiesura* de las ricas. En vano apelé á las reminiscencias; aquella mujer no tenia memoria mas que para recordar mis desaires, El Dios de las venganzas habia decretado mi expiacion.

»Pasaron tres cuartos de hora sin que pudiese obtener de ella mas que algunas pullas indirectas que me herian el corazon. Tan anti-generosa irascibilidad no tenia siquiera el mérito de ser original; pues no era mas que una servil imitacion de mis *denguerías* de otros tiempos.

»Por último, querido hermano, viendo que iba á espirar la hora, tomé una determinacion heroica. Yo sabia que mi existencia y la de mi rival eran incompatibles; por consiguiente, la eleccion no era dudosa: me decidí á aniquilar la suya. Para consumar este crimen adorable, quise arrancar el primer velo que viese cubriendo la frente de cualquier vestal; pero

entonces recordé que aquel sacrilego ya conocía el pañuelo de Luciana. Para hacerme con él, es decir, para robárselo, volví la mano por detrás de su pareja, y cuando salieron á hacer la figura inmediata me quedé con él en la mano del modo mas suave: despues de empuñada la bandera del triunfo, sin desistir de mi propósito, me asomé al balcon. Allí estaba aquel verdugo mas inmóvil que una estatua. Su serenidad produjo en mí una horripilacion tan estralimitada, que solté el pañuelo involuntariamente. Apenas lo reconoció lo besó furiosamente, y poco despues se oyó una armoniosa detonacion...

»¡Qué casualidad! el tiro no hizo mas que achicharrarle un poco la parte entero-superior de la cabeza, pues con la niebla se hallaba la pólvora algo humedecida, y tardó en inflamarse un doceavo de instante, en cuyo tiempo inclinó algunas líneas la pistola para volverla á martillar, y entonces fue cuando salió el tiro. ¡Qué casualidad!...

»Aun no paró aquí mi desgracia. Cuando se preparaba á hacer otra segunda edicion de su conato, se apareció la justicia y se lo llevó maniatado. Esta es la primera vez que en España llegó la justicia á tiempo. ¡Otra casualidad!.....

»Ya sabes que en un pueblo tan chismoso como Cádiz, todas las noticias tienen una prodigiosa fuerza de expansion; y así es, que á las dos horas ya contaban el hecho hasta los pillos de la playa. Las mujeres..... no tengo necesidad de ponderarte lo escéntrico-fantásticas que son todas las mujeres, ni de decirte, por consiguiente, que el piloto es el idólo de las gaditanas. Créelo positivamente, lo adoran. Segun veo, para que las mujeres se mueran por un hombre, será menester que él se muera antes por ellas.

»Luciana no le adora, le idolatra. Así me aseguran que se lo escribió á él mismo al otro dia del proyectado asesinato. El resultado de todo..... ¡ay! el resultado de todo no tengo valor para decírtelo, aunque ya puedes suponerlo.

»Te escribo desde el camarote de una goleta, á donde me refugié hace algunos dias á devorar en silencio mi vergüenza.

»¡Qué fatalidad! Sin duda han descubierto mi escondrijo, porque un marinero me acaba de anunciar que preguntan por mí. ¿Quién será? De todos modos ¡adios para siempre!!!»

Ultima parte del prólogo.

Y sigue la carta :

«Posdata : Acabo de recibir una esquila del marino que dice lo siguiente :—«Ya el cielo ha bendecido nuestra union.—¡Ay!—Luciana os perdona.—¡Valiente cosa!—Si á la hora de esta no os habeis suicidado...—¡Ah bárbaro!—Yo tambien os retiro la palabra que me disteis de levantaros la tapa de los sesos.—¡Qué te parece, hermano? ¡Me permite que deje de suicidarme! Casi debiera hacerlo por no aparecer tan risible á los ojos de ese cafre.—La posicion en que os habeis colocado os hace inofensivo.—Pues, risible.—Pasadlo bien.—Gracias.—¡Somos tan felices!—¡Ya lo creo!...»

»No puedo mas: me ahoga la cólera. Cuando pienso bien en la multitud de pequeñeces que me han traído á semejante abyeccion, casi me vuelvo demente; casi soy un filósofo. Mi vida es un tejido de insignificancias que si las oyera contar sin haberlas visto, diria que era una série de absurdos. Delirios de una enamorada: pájaros desbandados: ilusiones

de un estúpido: nieblas: gases mefíticos: tales son las ruindades que han destruido mi lisonjero porvenir. Ninguno de estos miserables resortes revela la mano del hombre; en todos ellos se vé el impulso de alguna esencia, que sin mas objeto que correr á la ventura, va arrastrando á la humanidad por las entrañas de un caos!....

»He preguntado al portador de esta esquila algunos pormenores sobre el inconcebible enlace de los nuevos esposos, y dice que Luciana al recibir la bendicion nupcial exclamó arrebatada de un angélico entusiasmo:—«¡Cuánto dispone la Providencia!»— «Si, todo lo ordena el acaso,» añade que contestó el marino menos engañado que su esposa, si bien demasiado tolerante con su estrella.

»Yo discurro de otro modo. El sol casi nunca suele alumbrar dos veces un mismo contento, y persuadido íntimamente de que la felicidad en la tierra no es mas que un tránsito para pasar de una desgracia á otra, y que esta cesacion momentánea del dolor es un paliativo pérfido que duplica la intensidad de nuestros males, yo creo que, prescindiendo de algunos casos escepcionales, se puede sentar como incontestable el axioma siguiente:

»El fatalismo es el génio que preside al destino de los hombres.»

EPILOGO.

¿Cuál de los tres tenia razon?...

FIN.

